

ta del Corpus una alta idea del sacrosanto misterio de la Eucaristía, reunió en Loreto á los misioneros y celebró allí la fiesta y procesion con toda la majestad y pompa posibles, avivando la fe y devocion de los españoles y excitando la admiracion y respeto de los indios; lo cual le dió ocasion de explicarles los motivos de aquella augusta ceremonia y de aquella santa alegría. Pero esta fué bien pronto seguida de un gran disgusto por la infausta noticia que dieron algunos indios de San Javier de que los autores de la pasada conjuracion unidos con otros bárbaros habian asaltado de noche á los neófitos y catecúmenos de aquella mision, y los habian matado á todos á excepcion de los pocos que ocurrieron á implorar la proteccion de los españoles. Todos los del presidio fueron de opinion que era preciso hacer un ejemplar en aquellos bárbaros, para enfrenar su audacia é impedir sus frecuentes hostilidades. El capitán, acompañado de sus soldados y de algunos indios fieles, salió del presidio á media noche y con mucho silencio para ir en pos de los conjurados, de los cuales á pesar de que al ser alcanzados huyeron precipitadamente, murieron algunos, y entre ellos uno de los principales. El capitán, considerando que el seguirlos por aquellas escarpadas montañas seria tan arriesgado como infructuoso, se volvió á Loreto resuelto á no dejar impune semejante atentado. Con este fin amenazó á los catecúmenos que habian escapado en el asalto, y los obligó á perseguir al cabecilla de tal modo, que habiéndole por fin cogido le condujeron á Loreto. Presentado al capitán se le formó proceso; y constando no solo por las deposiciones de varios testigos, sino por su propia confesion, que era el principal autor de aquella y de otras conjuraciones, fué condenado al último suplicio. Los padres Salvatierra y Piccolo se interpusieron suplicando al capitán que conmutase la pena de muerte en la de destierro; pero él, firme en su resolucion, solo concedió, á instancias de los misioneros, que la ejecucion se difiriese hasta que el reo fuese catequizado y bautizado. Como este era mas vivo que los otros y ya tenia alguna instruccion en los misterios de nuestra religion, fué prontamente catequizado y aceptó voluntariamente el bautismo, con el cual se convirtió en un hombre nuevo de tal manera, que deseaba la muerte para pagar su delito, y así murió bien dispuesto y auxiliado por el padre Basaldua. Pronto se echó de ver cuán sabia habia sido la resolucion del capitán, porque los indios quedaron tan humillados y espantados, que por largo tiempo se gozó de una perfecta tranquilidad en una y otra mision.

De allí á poco la desgracia de unos contrabandistas obligó á aquellos pobres misioneros á sacrificar á la caridad casi todas las provisiones que el padre Piccolo habia llevado de Sonora. El virey de Méjico para evitar las perniciosas vejaciones y las graves y frecuentes extorsiones que los pesca-

dores de perla solian hacer á los californios, habia prohibido severamente que se hiciese aquella pesca sin haber obtenido antes licencia suya y manifestádola al capitán gobernador de la California. A pesar de esto, algunos habitantes de la costa de la Nueva España estimulados por la esperanza de lucrar y prometiéndose la impunidad por la distancia del gobierno, habiendo aprestado tres barcos grandes, se dirigieron á las islas del golfo para hacer allí la pesca de la perla; pero una terrible borrasca hizo perecer uno de los barcos y llevó los otros dos á la arena de la playa de Loreto, donde apenas pudo salvarse la tripulacion. Poco después llegaron en una canoa catorce hombres de los que habian naufragado en el primer barco. Toda esta gente en número de mas de ochenta personas fué gratuitamente mantenida por los misioneros en los cuatro meses que se demoraron allí, reponiendo los barcos, hasta que á fines del año de 1703 regresaron á su país llevándose al padre Minutuli, porque no le sentaba el temperamento de la California.

El año de 1704 fué tan desgraciado para la colonia, que faltó poco para que se hubiera arruinado. Siendo los víveres muy escasos, se necesitaba conducirlos de Sonora ó de Sinaloa, y muchas veces no se podian hacer estos viajes á causa de los vientos contrarios ó de la indisposicion de los bastimentos. Otras veces se echaban á perder los víveres en la navegacion porque los buques hacian agua con cualquier borrasca, ó en el almacén de Loreto por el excesivo calor.

### § XXII.

EL PADRE BASALDUÁ VA Á MÉJICO Á NEGOCIOS DE LA COLONIA. ÓRDENES DEL REY SIN EFECTO.

A principios de este año fué enviado á Méjico el padre Basaldua á tratar con el virey los negocios de la colonia, en los cuales esperaba buen éxito atendiendo á lo razonable de sus pretensiones, y principalmente cuando supo que en abril habian llegado nuevas órdenes del rey relativas á la California; pero pronto se desengañó. Dos procuradores jesuitas de Méjico habian ido el año anterior á España y presentado al rey un memorial en que exponian el estado actual de aquellas misiones, el fruto que de ellas podian sacar la política y la religion si los misioneros eran favorecidos por su majestad, y los daños que debian temerse si se abandonaba aquella empresa. Este memorial fué leído en el supremo consejo de Indias á presencia del rey, el cual después de haber oído los pareceres del consejo y del fiscal, expidió en 28 de setiembre del mismo año cinco cédulas. En la primera mandaba al virey de Méjico que suministrase anualmente del real erario á los misioneros de la California la misma limosna que se daba á los de Sinaloa, Sonora y Nueva Vizcaya, así como tambien los gastos de campa-

nas, aceite, vasos y paramentos sagrados que se acostumbraba dar á las misiones nuevas; que estableciese de acuerdo con los jesuitas y otras personas prácticas en la península, un presidio de treinta soldados con su capitán en la costa del mar Pacífico, en el punto mas setentrional que fuese posible, tanto para la seguridad de aquel país como para que sirviese de escala á los navios de Filipinas; que se comprase un buque proporcionado para el transporte de todo lo necesario; que procurase mandar á aquella península algunas familias pobres para el aumento de la poblacion, y que anualmente diese á los misioneros, á mas de los seis mil pesos asignados en fin de 1701, otros siete mil, y esto sin ninguna dilacion. Las otras cuatro cédulas fueron dirigidas al fiscal de Guadalajara, al provincial de los jesuitas alabando su celo por el adelantamiento de las misiones de la California; á don Juan Caballero y á la cofradía de la Virgen de los Dolores de Méjico recomendando su liberalidad en la fundacion de las tres misiones de que hemos hablado.

A pesar de ser las órdenes tan estrechas y de que el fiscal fué de parecer que debian ejecutarse puntualmente, el virey no convino en que se ejecutasen sino hasta que el asunto se ventilase en el real acuerdo con presencia de los padres Salvatierra y Piccolo, los cuales no podian asistir por hallarse á cuatrocientas leguas de distancia. Y no solo se opuso á la ejecucion de estas nuevas órdenes, sino que tampoco concedió al padre Basaldua los seis mil pesos que el rey habia mandado que se diesen desde fin de 1701. El motivo de no ejecutarse estas y otras posteriores órdenes del rey favorables á la California, era, á mas del insinuado, la grande y dispendiosa guerra de sucesion que entonces sostenia el rey Felipe contra la casa de Austria y otras potencias aliadas, para la cual apenas eran suficientes todos los tesoros de la América. Pero esto puntualmente fué lo que obligó á aquel piadoso monarca á explicar mas su celo y á extender su vigilancia en medio de tantas turbulencias y peligros á la remota y oscura California.

### § XXIII.

EL PADRE PEDRO DE UGARTE MISIONERO. JUNTA. DISCURSO DEL PADRE SALVATIERRA. RESOLUCION.

El padre Basaldua no esperando ningun fruto de su permanencia en Méjico después de haber hecho carenar el bastimento llamado *el Rosario*, se volvió en él á Loreto llevando consigo para aquellas misiones al padre Pedro de Ugarte, muy semejante en el espíritu á su grande hermano el padre Juan. En aquel tiempo se hallaba la colonia en mucha necesidad, la cual, en razon de que los vientos contrarios no permitieron que se ocurriese por provisiones, como era de costumbre,

á Sonora y Sinaloa, creció al fin de la primavera de tal modo, que el padre Salvatierra creyó necesario celebrar una junta compuesta de los misioneros y oficiales del presidio, para deliberar si convendria abandonar la California no pudiendo ya subsistir en ella. El estaba resuelto á permanecer allí aunque se quedase solo y con riesgo de su vida, como lo habia protestado en su carta de 8 de febrero al fiscal de Guadalajara; pero no debiendo obligar á los otros á un sacrificio tan heroico, quiso que cada uno tomase libremente el partido que mas le agradase. Habiéndolos, pues, reunido, les habló de esta manera: "No es necesario exponeros el estado lamentable en que nos hallamos, porque lo veis y estais atormentados del hambre lo mismo que nosotros. Es igualmente sabida de todos nuestra constante solicitud en procurar víveres y todo lo necesario á la colonia, y así ninguno podrá culparnos de la miseria presente. Posteriormente ocurrimos al gobierno de Méjico, y en atencion á las estrechas órdenes de nuestro piadoso monarca, no dudábamos hallar pronto remedio á nuestros males; pero nuestras esperanzas han salido fallidas. La necesidad urge demasiado y no sabemos qué hacer. Si permecemos aquí sin auxilio quedamos expuestos á morir; si abandonamos el país para buscar en otra parte el remedio, perdemos en un momento el fruto de nuestros afanes. Decid, pues, libremente vuestro parecer." El padre Piccolo se mostró absolutamente indiferente, para que los otros pudiesen manifestar su opinion con entera libertad; pero el padre Juan de Ugarte se opuso abiertamente al partido de abandonar la California, comprometiéndose á buscar por los montes frutas y raíces con que sustentar la gente del presidio hasta que se trajesen víveres de Sinaloa y á permanecer solo entre los bárbaros en el caso de que se ausentasen todos los españoles. En cuanto á los soldados y marineros, fué de parecer que se les hiciese entender que á todos los que quisieran irse, se les concederia licencia y se les aseguraria la paga de lo que acaso se les debiera. Todos los misioneros aprobaron y aplaudieron esta resolucion. El capitán y los oficiales, no contentos con aprobarla, protestaron que si los misioneros intentaban dejar la California, ellos serian los primeros en oponerse. Ni entre los soldados y marineros hubo uno que quisiese usar de la libertad que se les concedió; así todos determinaron unánimemente acompañar á los misioneros en su suerte y sufrir todos los infortunios sin quejarse, como de facto lo hicieron.

## § XXIV.

SE PROCURA PROVEER LA COLONIA. VIAJE DE LOS PADRES SALVATIERRA Y PEDRO UGARTE. DEDICACION DE LA NUEVA IGLESIA DE LORETO. NUEVO REGLAMENTO DEL PRESIDIO.

Habiendo cesado los vientos tempestuosos que impedían la navegacion, partió el padre Piccolo, como otras muchas veces, en el bastimento *el Rosario* para Guaimas, y al mismo tiempo se mandó el *San Javier* para el puerto del Yaqui con cartas para aquellos misioneros. Entre tanto el padre Juan de Ugarte, tanto por sí mismo como ayudado de los soldados y de los indios, se dedicó a buscar por todas partes frutas y raíces con que saciar la hambre de aquella afijida colonia. El mismo servicio hicieron á los españoles los pobres indios de San Javier, Viggé y San Juan Londó.

El padre Salvatierra, no descuidando en medio de tan gran calamidad la propagacion del cristianismo en aquel país, se dirigió el mes de julio á la costa de *Liguig* ó *Malibat*, distante de Loreto poco menos de trece leguas al Sur, acompañado del padre Pedro de Ugarte, de un soldado y dos indios que debían servir de intérpretes, porque el dialecto que allí se hablaba era diverso del de Loreto. El quería plantar en aquel lugar una mision, y por eso habia salido á reconocer bien el terreno y á disponer los ánimos de los indios. Estos al verle venir le prepararon una emboscada, y cuando le tuvieron cerca, salieron improvisamente y dispararon flechas contra él. El soldado, teniendo alzada con una mano la espada, disparó con la otra un tiro al aire para asustarlos, como en efecto sucedió, pues se tendieron en el suelo con sus armas y después se sentaron á esperar con gran fiema y silencio á sus huéspedes. El padre Salvatierra les dijo por medio de los intérpretes que no temiesen, porque no venían á hacerles ningun mal, sino solamente á visitarlos y regalarlos como amigos. Ellos entonces deponiendo el miedo se acercaron al padre, que los acarició mucho, regalándoles algunas cosillas apreciadas por ellos, y diciéndoles que en señal de paz y de amistad les llevaba aquel misionero recién llegado á la California para que viviese con ellos, les ayudase, cuidase de sus hijos y les enseñase el camino del cielo. Ellos reíprocamente para dar pruebas de su confianza y agradecimiento hicieron venir á sus mujeres é hijos. Se reconoció la tierra y se halló buena para la proyectada mision; mas no pudiéndose por entonces á causa de la penuria de la colonia emprender la fábrica de la capilla y casas y el cultivo del terreno, se contentó el padre Ugarte con coger las primicias de su mision en el bautismo de cuarenta y ocho niños, con el consentimiento y aun á instancias de sus madres. Habiéndose despedido tiernamente los misioneros de los in-

dios, que hubieran querido detenerlos, se volvieron á Loreto, á donde á fines de agosto llegaron con mucho consuelo de toda aquella gente dos bastimentos cargados de víveres.

El padre Salvatierra habia sido llamado á Méjico para asistir al acuerdo en que debían tratarse los negocios de la California; pero antes de ausentarse quiso celebrar la dedicacion de la nueva iglesia fabricada en Loreto. Esta se celebró el 8 de setiembre con grande solemnidad y con el bautismo de muchos catecúmenos, aunque en aquellas misiones se observaba comunmente la antigua costumbre de la Iglesia de conferir estos bautismos en las vigiliás de Pascua y de Pentecostés. Además le era necesario dar un nuevo reglamento al presidio, porque el honrado portugués Don Estévan Rodríguez Lorenzo por los disgustos que le ocasionaron algunos de sus subalternos, se obstinó de tal modo en renunciar el empleo de capitán, que no bastaron á disuadirle todas las razones y súplicas de los misioneros. Fué por tanto nombrado capitán don Juan Bautista Escalante, alférez del presidio de Nacosari en Sonora, hombre muy valiente y de mucha reputacion en la guerra contra los apaches. Este, queriendo hacer de señor absoluto de la California, como en algunos presidios lo hacen los capitanes pagados por el rey, causó no pocos disturbios y graves disgustos á los misioneros; pero al cabo de diez meses el portugués persuadido finalmente por el padre Salvatierra, reasumió su empleo y le retuvo hasta 1744 con mucha ventaja de aquel cristianismo.

## § XXV.

EL PADRE SALVATIERRA VA A MEJICO Y ES NOMBRADO PROVINCIAL. SU VISITA Y MEMORIAL INFRUCTUOSO AL VIREY.

Habiendo pues dado todas las órdenes oportunas y encargado al padre Juan de Ugarte el gobierno espiritual y económico de la California, se embarcó el padre Salvatierra, el 1º de octubre acompañado del portugués y del alférez, que también habia renunciado su empleo. Desembarcó en el puerto de Matanchel, de donde marchó para Guadalajara, en cuya ciudad trató de los intereses de su mision con aquellos señores, y particularmente con su amigo el fiscal Miranda, y de allí pasó á Méjico, á donde llegó á principios de noviembre. Por aquel tiempo habia muerto el provincial de los jesuitas, y habiendo los consultores abierto el pliego que el padre general acostumbra enviar cada tres años para que se abriese en tal evento, hallaron en él nombrado provincial al padre Salvatierra. Este hizo todos los esfuerzos posibles para libertarse de aquel cargo, que necesariamente le separaba de su querida mision; pero habiéndosele obligado á que le aceptase, escribió luego al padre general Tirso Gonzalez, suplicán-

le que nombrase otro y le permitiese ir á acabar sus dias entre los californios.

Como el anhelo por su California no le dejaba reposar, luego que llegó á Méjico hizo al virey una visita en que le expuso el estado de las misiones, y le suplicó encarecidamente que mandase ejecutar las estrechas órdenes del rey. Mas aunque aquel señor le manifestó grande estimacion á sus virtudes y celo apostólico y quedó convencido de la justicia de sus pretensiones, no por eso las favoreció. Por tanto, el padre Salvatierra, desesperando de obtener entonces lo que deseaba, se dedicó en desempeño de su deber á la visita de los colegios de su provincia, y no volvió de ella sino hasta después de la cuaresma del año siguiente de 1705. Le hicieron esperar entonces que se tendria el acuerdo prevenido por el rey para deliberar sobre el establecimiento de un nuevo presidio en la California y sobre los otros puntos relativos á ella, cuya deliberacion pareció que en aquellas circunstancias debia haberse tenido sin excusa, porque á mas del jefe de las misiones, del antiguo capitán y del alférez del presidio, todos tres muy prácticos en la California, habia en Méjico muchas personas que habiendo viajado á las islas Filipinas, habian adquirido algun conocimiento de la costa occidental de la península, donde se queria poner el nuevo presidio; pero el acuerdo no se celebró, y solamente se le previno al padre Salvatierra que presentase un memorial, como lo hizo en 25 de mayo.

En él manifestó al virey la imposibilidad de que la colonia subsistiese con un solo buque, porque la experiencia habia hecho conocer que ni aun con tres habia podido libertarse de los peligros del hambre, á causa de la inconstancia del mar y de las frecuentes desgracias de los buques; le hizo ver los gravísimos daños que resultarían si el presidio se hacia independiente de los misioneros, como algunos inconsideradamente querían, porque entonces tanto los oficiales como los soldados, descuidando de sus obligaciones para con la colonia, se entregarían á la pesca de perla como mas útil, y en vez de defender las misiones y á los misioneros y de proteger á los neófitos, se harían enemigos de unos y otros, sirviéndose de los indios como de esclavos, y calumniando á los misioneros porque los defendían, como sucedia frecuentemente en las misiones de Sonora y Sinaloa. Manifestó también que ni aun á los mismos soldados les era conveniente la independencia de su capitán en un país ultramarino y remoto, porque si este los trataba mal, solo podrian libertarse del mal trato con la desercion; cuando al contrario, dependiendo el capitán del superior de las misiones, no se atrevería á vejarlos por temor de perder su empleo, ni á ellos les seria difícil quejarse cuando sufriesen alguna injuria. Además de que siendo toda aquella tropa pagada por los misioneros, no parecia injusto que estuviese

subordinada á ellos. En cuanto á la real orden de enviar á la California algunas familias pobres de Méjico, decia que no podia ejecutarse hasta que no se hallasen en la península tierras labrantías para sostenerlas, porque ni aun la pequeña colonia de Loreto podia subsistir sin socorros llevados de fuera. Por lo relativo al presidio de treinta soldados que se queria establecer en la costa occidental de la California para comodidad de los navíos de Filipinas, protestó que ninguno mas que él deseaba el alivio de aquellos afligidos navegantes y que con este fin habia ido él mismo á reconocer la costa; pero que para conseguirlo no era necesario que el real erario hiciese un gasto tan crecido cual se requeria para mantener el presidio, pues bastaba que á los misioneros se les diesen los trece mil pesos anuales que el rey tenia mandados, para que promoviéndose las misiones hácia el Poniente, se llegase por fin á establecer una en algun buen puerto de la costa, en donde pudieran repararse los navíos y aliviarse con oportunos refrescos los navegantes atormentados en gran parte por el escorbuto y el *verben*. Al fin exponia en el memorial el estado actual de las misiones, afirmando que el país sometido en siete años á la obediencia al rey católico por medio de la persuasion y de la beneficencia, era toda la costa comprendida entre el puerto de la Concepcion y el lugar llamado *Agua Verde*, es decir, un espacio de diez y siete leguas y casi otro tanto de país mediterráneo, en donde se contaban mil y doscientos cristianos y un número mayor de catecúmenos y gentiles, todos amigos, obedientes á los españoles y prontos á tomar las armas en su defensa; que entre ellos habia tanta tranquilidad, que los misioneros andaban por todas partes seguros sin soldados, y que hasta entonces se habian gastado en la colonia y misiones doscientos veinticinco mil pesos, donados todos por la liberalidad de los bienhechores, á excepcion de nueve mil que se habian sacado del real erario.

Viendo el padre Salvatierra que ni este memorial ni otras diligencias suyas bastaban para conseguir lo que tan justamente pretendia, salió de Méjico al mes siguiente con el fin de hacer como provincial la visita de sus misiones de la California, volviendo á llevar consigo al portugués don Estévan Rodríguez, el cual cediendo á las instancias de aquel celoso misionero, consintió finalmente en reasumir el empleo de capitán. Apenas habia salido de Méjico, cuando se celebró el real acuerdo; mas como para deliberar en él debia segun la orden del rey intervenir el padre Salvatierra con otros hombres prácticos en la California, se escribió después de ocho meses á la corte que en aquel acuerdo nada se habia resuelto por no haber estado presente el padre. La orden de dar anualmente á los misioneros de la California los trece mil pesos, fué repetida por el rey en 13 de agosto de 1705 y en 26 de julio

de 1708; pero ni la urgencia del soberano, ni las súplicas de los jesuitas, ni las necesidades de la California fueron capaces de mover al virrey á hacer algo en favor de las misiones en todo el tiempo de su gobierno, que fué de nueve años. Al fin de 1710 le sucedió el duque de Linares, el cual, aunque afecto á los jesuitas, como sus ilustres mayores, no favoreció la empresa de la California en los seis años de su gobierno, porque ni él ni los jesuitas tuvieron noticia de las nuevas órdenes del rey, ocultadas por los que no hacían aprecio del adelantamiento del cristianismo en la península; mas lo que no hizo de virrey lo hizo de particular, porque habiendo concluido su gobierno, y de allí á poco terminado también el curso de su vida en Méjico á 3 de junio de 1717, dejó en su testamento cinco mil pesos á aquellas misiones.

## § XXVI.

EL PADRE SALVATIERRA VISITA LAS MISIONES DE LA CALIFORNIA. ES EMPLEADO EN ELLAS EL HERMANO BRAVO. ÓRDENES DEL PROVINCIAL AL PARTIR.

Habiendo, como se ha dicho, salido de Méjico el padre Salvatierra en junio de 1705, llegó á Loreto en agosto, llevando abundantes provisiones á la colonia y alegrando con su presencia tanto á los españoles como á los indios, porque era igualmente amado de todos. Tuvo el consuelo de hallar las misiones en el mejor estado. El padre Juan de Ugarte había dispuesto con sumo trabajo para el cultivo una parte considerable del terreno de su misión, quitándole los matorrales y piedras, é internándose en el país había aumentado mucho el número de sus catecúmenos, reduciendo á la vida social á varias tribus de bárbaros. El padre Basaldua había también aumentado notablemente la misión de Londó, atrayendo á muchos indios que andaban errantes en los bosques á manera de fieras. El padre Píccolo estaba encargado por el provincial de visitar las misiones de Sonora, para que desde allí pudiera socorrer mas fácilmente á la California, como lo hizo con grande celo y diligencia.

El provincial había llevado de Méjico un hermano llamado Santiago Bravo, buen religioso, hábil, muy diligente y activo. Este había conseguido hacer aquel viaje con la intencion de quedarse, si se le permitía, en la California á servir en los empleos propios de su estado; y habiendo visto los gloriosos afanes de los misioneros y sabiendo que ellos apreciarían libertarse del cuidado de las cosas temporales de la colonia para dedicarse mas á los ministerios del apostolado, suplicó al provincial y consiguió fácilmente que se le emplease con gran ventaja de la California. El en efecto fué uno de los mas beneméritos de aquella península, en donde con actividad suma

y con una vida ejemplar trabajó treinta y nueve años, los catorce de procurador del presidio y de las misiones y los veinticinco de misionero, como después diremos.

Dos meses permaneció el padre Salvatierra en la California haciendo ya de misionero en los ministerios de catequizar, confesar y predicar, ya de provincial en la visita de las misiones y arreglo de la colonia. Al partir para la Nueva España dejó á los misioneros tres órdenes importantes: 1<sup>a</sup> que estableciesen dos misiones, una en *Liguig*, lugar marítimo distante de Loreto cosa de trece leguas al Sur, y otra en *Mulegé*, lugar también marítimo, distante de Loreto cuarenta leguas al Noroeste; 2<sup>a</sup> que buscasen en lo interior de la península otros lugares á propósito para plantar nuevas misiones; 3<sup>a</sup> que reconociesen de nuevo la costa occidental, buscando un buen puerto en donde, conforme á las intenciones del rey, pudiesen hacer escala los navíos de las islas Filipinas.

## § XXVII.

EL PADRE PEDRO DE UGARTE FUNDA LA MISION DE LIGUIG.

Pocos dias después de la partida del provincial, ejecutaron los misioneros la primera de sus órdenes, saliendo de Loreto en un mismo dia del mes de noviembre el padre Pedro de Ugarte para *Liguig* y el padre Basaldua para *Mulegé*. El primero halló en *Liguig* indios tranquilos y confiados, pero tuvo que sufrir todas las incomodidades de las misiones nuevas, que son muy grandes cuando estas se plantan entre salvajes acostumbrados á la holgazanería. Al principio no tuvo mas refugio que la sombra de los árboles, y después habitó mucho tiempo en una cabaña hecha de ramas, mientras tenía oportunidad de hacer una capilla ó una casita de adobes. Procuró conciliarse la benevolencia de los indios con la afabilidad y algunos regalillos, tanto para inclinarlos á que le ayudasen en la fábrica, como para aficionarlos á la doctrina cristiana, la que les explicaba por medio de algunos indios de Loreto, porque aun no sabia el dialecto particular de *Liguig*. Sus esfuerzos no pudieron conseguir que los adultos sacudiesen su innata pereza, aunque diariamente se les distribuía el *pozole*, y por eso le fué preciso valerse de los niños, atrayéndolos con industria y alentándolos con premios. A veces apostaba con ellos á quién quitaba mas pronto los matorrales ó quién cavaba mayor cantidad de tierra; á veces para pisar el lodo de que debían hacerse los adobes, los convidaba á bailar y saltar sobre él, y él mismo, descalzándose, bailaba y saltaba con ellos. En semejantes ejercicios se empleaba por la gloria de Dios un hombre nacido de padres nobles y opulentos, y así consiguió fabricar los proyectados edificios de las casitas y de

la capilla, cuya dedicacion se celebró con la asistencia de los otros misioneros.

Después que con semejante industria aprendió el dialecto de aquellos indios, se dedicó á catequizarlos, acariciándolos y regalándolos para obligarlos á asistir al catequismo, y valiéndose también de los niños para instruirlos; hasta que con un trabajo indecible y con una paciencia y una constancia heróicas, consiguió reducir á vida social y cristiana no solo á los de *Liguig*, sino á todas las tribus vecinas y á muchos salvajes dispersos en los montes.

Mas cuando apenas comenzaba á respirar, faltó poco para que perdiease el fruto de su celo juntamente con la vida. Habiéndosele llamado á confesar á una mujer enferma, halló que un guama ó charlatan se estaba valiendo de una caña, segun la supersticion ó necesidad de los californios, para extraer con el aliento el mal del cuerpo de la enferma. Despidió al guama con indignacion y reprendió á sus neófitos y catecúmenos porque habían consentido semejante abuso. Después de haber administrado los sacramentos á la enferma y auxiliádola hasta la muerte, se volvió á su casa, á donde de allí á poco vinieron algunos indios gloriándose de haber matado al guama. El, atravesado del mas vivo dolor, les vituperó severamente la crueldad de aquel celo tan mal entendido, y para darles á conocer su indignacion les volvió la espalda. Los homicidas en vez de reconocer su falta se conjuraron secretamente para quitarle la vida á su reprobador, el cual habiéndolo sabido anticipadamente por un niño, llamó á los principales conjurados, y teniendo en la mano una escopeta vieja, rota y del todo inútil que había llevado consigo, les dijo: "Sé bien que quereis matarme esta noche; pero sabed que antes que podais ejecutar vuestro perverso designio, os he de matar á todos con esta arma." Esto solo bastó para espantarlos de tal manera, que todos de comun acuerdo tomaron prontamente la resolucion de ausentarse, por lo cual fué necesario que el celoso misionero al dia siguiente saliese á buscarlos para conducirlos á la misión, como lo hizo, asegurándolos del amor que les tenia como padre que en todo les buscaba su bien. Ellos volvieron, y desde entonces le estimaron mas, porque conocieron que era valiente y no les tenia miedo.

Estos peligros de la vida fueron muy frecuentes en la California, como lo son en todas las misiones nuevas, en las cuales ninguna cosa basta para asegurar á los misioneros contra los atentados de los bárbaros; y así el primer sacrificio que debe hacer á Dios el que va á plantar entre ellos el cristianismo, es el de la propia vida. El padre Pedro de Ugarte continuó en sus tareas apostólicas hasta 1709 en que debilitado con el mucho trabajo, se le obligó á venir á Méjico á reponerse; pero apenas recobró sus fuerzas, cuando

volvió á la California y se empeñó con nuevo fervor en su ministerio, hasta que enfermándose otra vez, fué mandado por sus superiores á las misiones del rio Yaqui, desde donde siguió sirviendo á la California con los víveres que incesantemente le procuraba.

## § XXVIII.

EL PADRE BASALDUÁ FUNDA LA MISION DE MULEGÉ. EL PADRE JUAN DE UGARTE SE ENCARGA DEL CUIDADO DE TRES MISIONES.

El padre Basaldua al fundar la misión de *Mulegé* no solo sufrió los mismos trabajos que el padre Ugarte, sino que tuvo que abrir un largo y penoso camino para hacer menos difícil la comunicacion con Loreto. Plantó la misión junto al arroyo *Mulegé*, á dos millas de distancia del mar. Entre los montes y el mar hay allí un llano de unas seis leguas, poblado de mezquites ó acacias que al principio solo daba pasto para los bueyes; pero habiéndose hecho después una presa, se pudo ya labrar fructuosamente alguna parte del terreno. El padre Basaldua duró en aquella misión cuatro años; pero no sufriendo su salud aquel trabajo y aquel clima, fué enviado á la misión de Guaimas en Sonora, y después á la de Raun en el rio Yaqui, en donde prosiguió favoreciendo á la California con los socorros que le mandaba. En la misión de *Mulegé* le sucedió el padre Píccolo, que volvió de Sonora, el cual la aumentó considerablemente con la conversion de muchas tribus vecinas. Los indios de *Mulegé* se hicieron apreciables por su docilidad, por su pericia en la lengua española y por los servicios que hicieron á los misioneros sirviéndoles de intérpretes, de catequistas y aun de maestros en la lengua cochimí. Entre otros merecieron particularmente los elogios de los misioneros por el celo con que se dedicaron á la propagacion del Evangelio los dos virtuosos neófitos llamados Bernardo Dubavá y Andrés Comanají, de quienes hablaremos mas largamente después.

Mientras los padres Pedro de Ugarte y Juan de Basaldua se ocupaban en plantar sus nuevas misiones, el padre Juan de Ugarte cuidaba de las tres de Loreto, San Juan de Londó y San Javier de Viggé. Este hombre infatigable y verdaderamente apostólico estaba sin descansar en continuo movimiento y trabajo, ya en el presidio amonestando, predicando, confesando y curando á los soldados y marineros, ya en las misiones bautizando niños, catequizando adultos, asistiendo á los enfermos y auxiliando á los moribundos, ya en los bosques buscando á los salvajes para hacerlos hombres y cristianos, ya por fin en los campos abriendo caminos, haciendo zanjas y represas y preparando ó cultivando la tierra. Como empezaba á coger los frutos de sus fatigas en la agricultura para el alivio de sus

neófitos, consiguió que estos fuesen más puntuales en la iglesia á los ejercicios diarios del catecismo, de la misa, del rosario y del sermón. Su interés por la educación de la juventud le hizo convertir su casa en seminario de niños, donde á mas de instruirlos en la fe y en las buenas costumbres, les enseñaba las artes mecánicas con singular paciencia y dedicación. Esta escuela fué utilísima no solo á la mision de San Javier, sino tambien á las otras de la California. Para las niñas, especialmente las huérfanas, fabricó otra casa, en donde al cuidado de una matrona de buena vida, se instruían de todos los oficios mujeriles, siendo él el maestro de todas aquellas artes y oficios. Erigió tambien para los enfermos un hospital en donde los pobres indios eran caritativamente socorridos con auxilios espirituales y corporales.

Entre los gentiles que convirtió al cristianismo hubo varios guamas, que como ya se ha dicho, son los mas malvados y obstinados de todos los californios. Uno de ellos se movió á pedir el bautismo por haber visto la caridad con que un hijo suyo era tratado por el padre Ugarte; pero queria ser bautizado sin estar antes instruido en la religion cristiana. Convencido al fin de la necesidad de tal instruccion, fué catequizado y bautizado con el nombre de Domingo. La gracia del Espíritu Santo mudó el corazon de aquel bárbaro de tal manera, que lleno de júbilo y devoción, no quiso en los cuarenta dias que sobrevivió á su regeneracion, salir de la casa del misionero y de la iglesia, donde pasaba los dias y las noches orando. Habiendo muerto, le hizo el padre Ugarte un solemnisimo funeral para que aquella gente se aficionase mas á la religion cristiana.

Otro guama aun mas malvado, que anduvo mucho tiempo moviendo á los gentiles y catecúmenos contra los misioneros y su doctrina, movido del Señor vino á Loreto, donde á la sazón estaba el padre Ugarte, á pedir llorando el bautismo. Se le negó muchas veces por desconfianza; pero hizo tantas instancias y dió tales muestras de sinceridad, y prometió con tantas lágrimas enmendar su vida, ofreciendo quedarse siempre en Loreto para vivir á la vista de los españoles, que por fin consiguió que se le instruyese y se le bautizase en 7 de diciembre, por cuyo motivo se le dió el nombre de Ambrosio. Los dos primeros dias después de su bautismo los pasó en la iglesia en continua oracion, al tercero se enfermó, y á poco murió con sentimientos de piedad y claros indicios de su predestinacion.

#### § XXIX.

VIAJES INFRUCTUOSOS DEL PADRE JUAN DE UGARTE Y DEL HERMANO BRAVO.

No contento el padre Ugarte con tantos afanes, para los cuales no habrian sido bastantes tres

misioneros celosos, emprendió en noviembre de 1706 ir, en cumplimiento de la orden de provincial, á reconocer la costa occidental de la península. Para este viaje pidió cuarenta hombres de guerra al jefe ó general de la numerosa y guerrera nacion yaqui, establecida en las márgenes del rio de este nombre, y reducida por los misioneros jesuitas á vida civil y cristiana desde el siglo anterior. El general no solamente concedió los cuarenta hombres escogidos que se le pidieron, sino que él mismo los llevó á Loreto, de donde salió el padre Ugarte el 26 de noviembre acompañado de ellos, del capitán y doce soldados del presidio y de algunos californios, y encaminándose á la costa, reconoció un gran trecho de ella sin poder hallar un buen puerto, como se requeria para que sirviese de escala á los navíos de las islas Filipinas. Tanto los hombres como los caballos se vieron muy fatigados por la sed, porque en todas partes escaseaba la agua potable, y así no pudiendo sin grande riesgo continuar el reconocimiento, regresaron á Loreto á los quince dias.

Otro viaje emprendido por el hermano Bravo en busca de algunos lugares para plantar misiones, fué igualmente infructuoso por una desgracia. Habiendo salido de Loreto al principio de este año acompañado del capitán del presidio, diez soldados y algunos californios, se dirigió por Liguig y pasó adelante por aquella costa. Uno de los soldados se encontró con una hoguera en que poco antes algunos pescadores californios habian asado pescado, y particularmente algunos botetos, cuyo hígado contiene un veneno muy activo y violento. Los pescadores, que sabian bien esto, habian comido la carne y dejado los hígados en unas conchas. El soldado, viéndolos, quiso comer de ellos y convidó á tres de sus compañeros. Un californio que le vió le gritó inmediatamente que no comiese porque moriria. Despreciando el soldado este aviso, comenzó á comer y participó á los otros tres. Uno de ellos comió un poco, otro solo le mascó sin tragarle, y el último le tocó solamente, reservándole para comerle después. El primero de los cuatro soldados murió en el acto, el segundo poco después, el tercero quedó privado de sentidos hasta el dia siguiente, y tanto este como el cuarto se sintieron débiles é incómodos por muchos dias. Los dos muertos fueron sepultados en Liguig y los dos enfermos llevados á Loreto, quedando frustrada la expedicion.

#### § XXX.

EL PADRE SALVATIERRA RENUNCIA EL PROVINCIALATO Y VUELVE Á LA CALIFORNIA. MISION DE COMANDÚ Y SU MISIONERO EL PADRE MAYORGA.

En setiembre de 1706 recibió finalmente en Méjico el padre Salvatierra la deseada respuesta

del padre general Miguel Angel Tamburini, en la cual le aceptaba la renuncia del provincialato. Separado con mucho gusto de este empleo, se retiró por algunos dias al colegio de San Gregorio de la misma ciudad á tratar con el padre Alejandro Romano, procurador de la California en aquella corte, de preparar muchas cosas que siendo necesarias al presidio y á las misiones debian enviarse á Matanchel y de allí á Loreto con el padre Guillermo de Mayorga, nuevamente destinado á aquellas misiones. El padre Salvatierra, queriendo embarcarse en Ahome, puerto de Sinaloa distante cuatrocientas leguas de Méjico, para dar á aquellos bienhechores las gracias por los auxilios enviados á la California, hizo todo aquel viaje por tierra llevándose cinco californios que le habian acompañado á Méjico. Estos, aunque bien asistidos, se enfermaron todos por la diversidad del clima y de los alimentos, y aumentaron al padre las molestias de aquel viaje. Embarcados en Ahome, cuando apenas habian salido del puerto murió uno de ellos; mas tan bien dispuesto y con tales actos de virtud, que todos quedaron sumamente edificados. Sobrevino luego una tan feroz borrasca, que segun se explica el mismo padre en una carta suya, jamás se habia visto en semejante trabajo y riesgo en tantos viajes como habia hecho por mar y tierra. El buque abandonado por los marineros á merced de los vientos y las olas, entre las islas y los escollos, fué llevado afortunadamente a la isla de San José, distante unas treinta leguas de Loreto, á donde después de calmado el tiempo, llegaron el 3 de diciembre.

Después de algunos meses llegó tambien el padre Mayorga tan debilitado con la fatiga de tantos viajes, porque estaba recién venido de Europa y tan indispuerto por haber extrañado el clima y los alimentos, que el padre Salvatierra creyó necesario hacerle regresar á la Nueva España; mas él le suplicó llorando que le dejase morir en la California á donde le habia llevado el Señor. Pero en vez de la muerte que esperaba, recobró en breve tiempo la salud, y acostumbándose á aquel clima y á aquellos alimentos ordinarios, trabajó apostólicamente treinta años en aquellas misiones.

En diversos viajes hechos por los misioneros en la península buscando lugares donde plantar misiones, habian hallado el de Comandú, distante de Loreto treinta leguas al Noroeste, y situado en el centro de las montañas, casi á igual distancia de ambos mares. En las cercanias de un arroyuelo que corre por aquel sitio, habia esparcidas varias tribus de indios, para cuya conversion se resolvió que se plantase allí una de las dos misiones fundadas por el marqués de Villapiente. Con este fin se trasladaron al mismo lugar á principios de 1708 los padres Salvatierra y Juan de Ugarte, llevando consigo al padre Mayorga, destinado á la nueva mision, en donde se estuvieron con él algunos dias ayudándole á domesticar aque-

llos salvajes y á formar dos cabañas de ramas, una para la habitacion del misionero y otra que debia servir de iglesia mientras se fabricaba una buena, como de facto la fabricó después el padre Mayorga y la dedicó con gran solemnidad. Este con su grande caridad y su paciencia y con su constancia en el ministerio apostólico, redujo á todos aquellos indios al cristianismo, y los congregó en tres poblaciones llamadas San José, San Juan y San Ignacio. En la de San José, que era la principal, además de la iglesia y de la habitacion del misionero, fabricó á ejemplo del padre Ugarte otros tres edificios, á saber: un hospital y dos seminarios para los niños y niñas. No hallándose en todo el distrito de la mision ningun terreno capaz de cultivo, excepto un pequeño giron junto á San Ignacio, que cultivó con mucha diligencia, plantó en ella viñas con buen éxito. Continuó trabajando con mucho celo, edificación y fruto hasta el 10 de noviembre de 1736 en que su alma fiel fué á recibir del Señor, como puede creerse, el premio de sus afanes y virtudes.

#### § XXXI.

DESCRACIAS DE LA COLONIA. MUERTE DEL PADRE KINO. SU ELOGIO.

Se habian descubierto otros lugares en que podian plantarse misiones; pero esto no fué por entonces posible, tanto por la escasez de misioneros como por las desgracias que sobrevinieron á la colonia. El bastimento San Javier, que habia salido de Loreto por setiembre de 1709 con tres mil pesos para comprar viveres en el Yaqui, fué llevado por una borrasca á sesenta leguas de distancia del puerto de su destino y quedó encallado en la arena, y pereció parte de la gente, salvándose el resto en el esquife. Al saltar en tierra se hallaron expuestos á otro peligro no menos grave, porque la costa estaba habitada por los series, gentiles guerreros y enemigos implacables de los españoles. Se apresuraron los naufragos por este motivo á enterrar el dinero y todos los intereses que habia en el buque, y embarcándose otra vez en el esquife se dirigieron entre mil riesgos y trabajos al Yaqui, desde donde dieron aviso á Loreto. Poco después vinieron los series al lugar donde estaban enterrados aquellos intereses y se los llevaron, y quitando el timon al bastimento le rompieron para sacarle los clavos.

El padre Salvatierra luego que supo esta desgracia salió de Loreto en el mal bastimento *el Rosario* y se dirigió á Guaimas, desde donde despachó este buque al lugar en que estaba varado el San Javier, y él mismo con catorce indios yaquis marchó para allá por un camino muy malo y absolutamente sin agua potable, por cuyo motivo en dos dias padecieron mucha sed. En los dos meses que allí permaneció expuesto al hambre y á muchos peligros mientras se componia el basti-

mento, se concilió la benevolencia de los seríes de tal manera, que no solo recobró todos los intereses de que se habían apoderado, sino que tambien los indujo á hacer las paces con los pimas, cristianos vecinos suyos y enemigos á quienes mas aborrecian; bautizó á muchos niños, catequizó á los adultos y los aficionó tanto al cristianismo que querian tener luego un misionero de pié que los instruyese, bautizase y gobernase en todo: de este modo, la dulzura dominante del carácter del padre Salvatierra, ayudada de la gracia del Señor, triunfó de la ferocidad de aquellos bárbaros, tan temidos no solo de los otros indios, sino aun de los españoles. Lloraba tiernamente al ver su inesperada docilidad y sus buenas disposiciones, dando gracias al Señor porque de la desgracia del bastimento hizo que resultase aquel bien; y hubiera querido quedarse siempre en aquella árida costa para dar complemento á la obra comenzada; pero no podia abandonar su querida California, en donde su presencia era aun mas necesaria entonces.

El contagio de las viruelas, desconocido antes en la península, hizo en aquel tiempo tales estragos que murieron muchos adultos y casi todos los niños, aumentándose con esto el trabajo y el dolor de los misioneros. Otras enfermedades originadas de la calidad de los alimentos privaron de la vida á algunos españoles del presidio, y redujeron al extremo á los misioneros. El padre Piccolo estuvo de muerte tres veces, dos el padre Salvatierra y una el padre Juan de Ugarte. Los padres Pedro de Ugarte y Basalduá se vieron obligados por falta de salud á abandonar las misiones. En medio de estas calamidades tambien se temia alguna sublevacion de los neófitos, porque los guamas culpaban de ellas á los misioneros, esparciendo por todas partes que estos enfermaban á los niños con la agua bautismal y á los adultos con el santo óleo. La carestía que al mismo tiempo se padecia en la Nueva España aumentó tambien los males de la California, porque las provisiones eran muy escasas y costaban mucho.

A estas desgracias producidas por causas naturales se agregaron otras nacidas de la malicia de los hombres. El padre Francisco de Peralta, que habia llegado á la California en 1709 y se hallaba destinado en la mision de Liguig en lugar del padre Pedro de Ugarte, fué enviado por el padre Salvatierra en noviembre de 1711 al puerto de Matanchel á que hiciese carenar el bastimento *el Rosario* y construir otro. Como aquel pobre misionero no tenia inteligencia en este oficio, los que se emplearon en ello tuvieron ocasion de engañarle. La reposicion del Rosario costó algunos miles de pesos, y sin embargo, quedó tan malo que de allí á poco llevado por un viento algo fuerte contra la tierra se hizo pedazos. No fué de mejor condicion el nuevo bastimento construido en diez y ocho meses y á costa de veintidós

mil pesos. No obstante, se embarcaron en él los padres Clemente Guillen y Benito Guisi, destinados á las misiones de la California, y el padre Santiago Doye que iba para Sinaloa. Al principio los llevó el viento al cabo de San Lúcas y de allí á las islas de Mazatlan, poco distantes de Matanchel. Habiéndose hecho de nuevo á la vela, avistaron después de muchas vueltas la costa de Loreto; pero repentinamente los arrebató una borrasca hasta la costa opuesta de Sinaloa, y no pudiendo el bastimento regir en medio de la violencia del viento y de las olas, naufragaron finalmente ahogándose seis personas con el padre Guisi. Los restantes en número de veintidós se salvaron parte en el borde de la popa y parte en el palo mayor que tambien sobresalia. Hallándose de esta manera afligidos y en tanto riesgo en una noche oscurísima, se ocuparon en poner á flote el esquife, sacándole el agua con dos vasos muy pequeños porque no tenian otros, y embarcándose en él con un pedazo de vela, se abandonaron al mar hasta la llegada del dia, en el cual habiendo avistado la tierra á mucha distancia, se dirigieron á ella, y á fuerza de vela y remo consiguieron llegar en dia y medio de trabajosísima navegacion. Desembarcaron en una playa estéril, en donde ni habia fuego ni modo de encenderle y en donde no pudieron matar la hambre que los atormentaba sino con ostras y caracoles crudos, con raíces y yerbas silvestres. Finalmente, después de otros infortunios se acogieron á la pequeña ciudad de Sinaloa, capital de la provincia del mismo nombre, desde donde el padre Guillen hizo un viaje de cien leguas para embarcarse en el Yaqui y pasar á la California. En aquella corta navegacion tuvo que sufrir otra borrasca, pero al fin llegó á Loreto en enero de 1714.

Entre las desgracias que la colonia sufrió en aquellos años, debe contarse la muerte del padre Eusebio Francisco Kino, primer motor y singular bienhechor de aquellas misiones, acaecida en 1711. Este grande hombre nació en Trento, se hizo jesuita en los Estados de Baviera, y fué profesor de matemáticas en la universidad de Ingolstadt. En 1681 pasó á Méjico obligado por un voto que hizo en una enfermedad grave, de que sanó por intercesion de san Francisco Javier. En 1683 marchó para la California con los empleos de misionero y cosmógrafo del rey, como arriba se ha dicho. En 1686 volvió á Méjico, y de allí salió para las misiones de Sonora, teatro de su celo apostólico. No es fácil decir lo que hizo y toleró en los veinticinco años que allí estuvo. Puesto en continuo movimiento por la salud de las almas, caminó mas de seis mil leguas, aprendió diversas lenguas, anunció el Evangelio á quince naciones bárbaras, en las cuales bautizó entre niños y adultos mas de cuarenta y ocho mil personas, plantó varias misiones, edificó muchos templos, enseñó á los bárbaros las artes necesarias á la vida social, introdujo el cristianismo en la

Pimeria y fué el primero que reconoció los países situados del otro lado de los rios Colorado y Gila. Sus obras, aunque grandes y sorprendentes, habrian sido sin duda mayores si en vez de las contradicciones y calumnias que sufrió, hubiera sido ayudado en sus gloriosas empresas, como lo pedia con instancia. Recibió del cielo una gracia particular para conciliarse el amor y el respeto de tantas naciones bárbaras, y así andaba en medio de ellas tan seguro como entre los mas cultos cristianos. En sus largos y penosos viajes no llevaba otro viático que maíz tostado, no dejaba de decir misa, ni dormia jamás en colchon. Caminaba hablando con Dios en la oracion ó cantando salmos é himnos. Murió santamente entre sus caros neófitos con sumo sentimiento de estos, y después de su muerte no pudieron varios misioneros soportar el peso de las tareas apostólicas que él desempeñaba solo.

### LIBRO TERCERO.

Fundacion de otras misiones, nuevas tareas, penalidades, contradicciones y peligros. Ejemplos de algunos catecúmenos y neófitos. Muerte de los padres Salvatierra, Piccolo, Ugarte y Mayorga. Conjuracion de los pericúes, muerte dada á dos misioneros, pérdida y restablecimiento de algunas misiones.

#### § I.

FALTA DE BASTIMENTOS EN LA COLONIA. LOS INDIOS DE CADEGOMÓ Y DE KADAKAAMAN PIDEN MISIONEROS.

La desgraciada colonia de la California, después de la pérdida de tantos capitales empleados en bastimentos y provisiones, se hallaba en un estado lamentable. Movido por esto á compasion el virey duque de Linares, ordenó que se le vendiese en cuatro mil pesos un bastimento llamado Nuestra Señora de Guadalupe, secuestrado en Acapulco por el gobierno á causa de un contrabando; mas este buque, aunque á primera vista parecia bueno, no lo estaba, y por tanto apenas hizo dos viajes cuando se perdió. Lo mismo sucedió á otro comprado tambien en Acapulco. No quedaba pues en la colonia sino el pequeño bastimento San Javier para el trasporte de los víveres y de todo lo necesario, y para todos los viajes que era preciso hacer, ya de un puerto á otro de la península, ya á Sonora, Sinaloa y Nueva Galicia. Por esta falta de embarcaciones no pudo el padre Salvatierra reconocer las islas y costas del golfo hasta el rio Colorado, ni continuar la conversion de los seríes y tepocas, que feliz-

mente habia comenzado, ni plantar nuevas misiones en la península.

En medio de tantas necesidades no disminuyeron aquellos misioneros sus tareas apostólicas, de modo que no hubo entre ellos uno que en aquellos años calamitosos no redujese á vida social muchas tribus de bárbaros errantes por los bosques. Con este fin habian hecho muchos viajes fructuosos el padre Ugarte al Sur y el padre Piccolo al Norte. Habian venido muchas veces á Mulegé varios indios de Cadegomó, lugar de la costa del mar Pacifico distante treinta leguas, á pedir con instancias al padre Piccolo que los visitase y les llevase un misionero que viviese siempre con ellos. El, á pesar de no haberse restablecido de una grave enfermedad, marchó para allá en 1712, acompañado del capitán del presidio y algunos soldados é indios; y habiendo hallado á ocho leguas del mar un lugar á propósito para una nueva mision, el que dedicó desde luego á la Purísima Concepcion de la santísima Virgen, se reunieron en él todas las tribus de las cercanías, suplicándole encarecidamente que se quedase con ellos, ofreciéndole regalarle las mejores pitahayas y presentándole sus hijos para que los bautizase. Bautizó en efecto á los párvulos y acarició á los adultos, prometiéndoles un misionero que los instruyese y favoreciese en todo; pero no fué posible plantar la mision hasta el año de 1717, contentándose entre tanto el padre con ir allá algunas veces á instruir y confirmar en su buen propósito á aquellos indios, los cuales tambien venian con frecuencia á Mulegé y no desistian de sus instancias.

La misma peticion vinieron á hacer no pocas veces los cochimíes de Kadakaaman, lugar situado del otro lado de los montes á cuarenta leguas de Mulegé. El padre Piccolo fué tambien allá el 13 de noviembre de 1716 con tres soldados y algunos de sus neófitos, y los cochimíes salieron á recibirle con singulares muestras de júbilo y respeto, presentándole sus pitahayas y quitando las piedras y estorbos que habia en el camino por donde debia pasar; especialmente los niños corrian á él con tal amor y ternura como si él los hubiera criado. En Kadakaaman concurrieron muchas tribus de los lugares circunvecinos, presentando á porfia las mujeres á sus hijos para que fuesen bautizados. En efecto, el padre Piccolo bautizó cincuenta; pero supo entonces que aquellos niños no eran las primicias del cristianismo, porque uno de sus neófitos llamado José, muy instruido en el modo de bautizar en caso de necesidad, habia bautizado en la primavera de aquel año tres moribundos, cuyas almas volaron luego al paraíso. El padre Piccolo fabricó allí una cabaña para decir misa y rezar una novena á la santísima Virgen para la conversion de aquel gentilismo, y permaneció en aquel lugar hasta diciembre, con el fin de conciliarse mas la benevolencia de los indios y aficionarlos mas á la re-